

encarnizados en su lucha impotente contra el espíritu del siglo. Los rencores de la emigración, las protestas contra el genio revolucionario, el horror á las conexiones constitucionales y la antipatía contra todas las cosas y todos los hombres de nueva data, alimentaban estos periódicos. Sus redactores se admiraban de que fuesen todavía vencidos despues del triunfo de los Borbones y volvian contra el rey al realismo: periódicos intempestivos y funestos en su amistad, revelaban sin cesar á la revolución los pensamientos secretos y las últimas palabras de la contrarrevolución.

IX.

Fuertes y enconadas provocaciones revelaban frecuentemente en la Cámara la cólera que abrigaban los partidos escitados por aquellos periódicos. Mr. de Argenson estaba condenado al silencio por haber hecho una simple alusion á los asesinatos de los protestantes en el Mediodía. Mr. Trinquelagne habia atenuado y casi disculpado estos crímenes, y replicándole Mr. de Saint-Aulaire, aseveró que en Nimes habian sido inmolados á su misma vista trece electores, y que sus correligionarios habian tenido que huir á las montañas para libertarse de la muerte. Mr. de Villele, volviendo contra el ministerio la indignacion de los liberales, habia dicho que si eran ciertos esos asesinatos, debian ser castigados, y preguntó por qué el gobierno no habia hecho justicia, interpelacion que sublevó á Mr. de Serre, quien hizo recaer justamente la reconvencion sobre los realistas, acusadores tardíos de crímenes cometidos mientras estaban en el poder y que ahora querian declinar sobre otros. «Aprended, dijo, á conocer los partidos. El general Legarde, comandante en el Gard, protegía con su persona y su es-

pada el órden público, y fué herido en el pecho de un tiro disparado á boca de jarro. El autor del crimen fué cogido, y el hecho probado. Los jueces proponen esta cuestion: ¿el homicidio se cometió en legítima defensa? Los jurados se atreven á responder *si*, y el criminal es absuelto.

»Otro general que mandaba en Tolosa quiere apaciguar un motin. Recibe una herida mortal, es trasladado á su casa, sus asesinos penetran en ella y le hacen mil pedazos viviendo todavía. Son acusados; se alega en su favor que no han podido dar la muerte á un hombre que ya estaba herido mortalmente, y son condenados á una simple prision!...

»Un hombre cuyo horrible apellido cuesta trabajo pronunciar, *Trestailons*, y sus co-reos son perseguidos como autores de muchos asesinatos. Son trasladados á Riom, donde todo el mundo esperaba una justicia mas independiente; pero ni un testigo quiso deponer contra ellos; el terror los habia helado: por el contrario, los testigos favorables se presentaron en masa y aquellos hombres fueron absueltos!»

La imparcial indignacion de Mr. de Serre contra la impunidad de aquellos atentados cerró la boca á los realistas y rehabilitó momentáneamente su popularidad entre los liberales. Pocos dias despues quiso tributar un homenaje de imparcialidad al espíritu de revolución, y sus palabras irritaron y encendieron la cólera del partido revolucionario. Mr. de Serre habia dicho que las mayorías eran casi siempre sanas ó bien intencionadas. Entonces Mr. de La Bourdonnaie, fogoso órgano de la derecha, intimó al ministro á que declarara «si hacia estensivo este elogio á la mayoría de la Convencion.—Si, señor, replicó atrevidamente el orador, hasta la Convencion!»

Apenas habia caído Mr. de Serre en este lazo inesperado de interpelacion, cuando la izquierda y el público le llenaron de aplausos y la derecha de murmullos y

de apóstrofes injuriosos. El tumulto á que entonces se entregó la Cámara hizo necesaria la supresion de sus deliberaciones y la medida de mandar retirar á los espectadores. Una palabra imprudente ó irreflexiva bastaba para perder toda una vida de fidelidad y de honor. Los partidos se desafiaban con la vista y se amenazaban con los puños; las palabras insultaban cuando no mataban. Mr. Dupont (del Eure), el mas humilde de los hombres, fué comparado á Marat por monsieur de Pugmaurin. Mr. de Courvoisier denunció la existencia de una junta directora, encargada por el partido revolucionario de dar desde Paris impulso y unidad de movimiento á las facciones. El partido realista, unido con el partido ambicioso del clero, respondia á estas asociaciones ocultas por medio de asociaciones ostensibles y animadas que cubrian la Francia de misioneros religiosos y políticos á la vez, instrumentos de piedad para unos y de agitacion para los otros, y frecuentemente de sedicion y escándalos. Acogidos en unas partes, rechazados en otras, edificantes en los templos, impertinentes y fuera de su lugar en las plazas públicas, aplaudidos ó insultados alternativamente, protegidos por los magistrados, defendidos por las armas, aquellos sacerdotes errantes sobre la superficie del país como en tierra conquistada revelaban mas que celo una faccion. El rey y sus ministros, que veian con repugnancia aquellos escesos de proselitismo, inspirados por sus enemigos secretos, no se atrevian á reprimirlo, temerosos de ser acusados de indiferencia ó de irreligion por los aliados de la iglesia. La enseñanza entregada á los eclesiásticos hacia murmurar á los partidarios de la libertad de las conciencias, y promovia motines entre los estudiantes de la capital y de las provincias. Convocados para firmar peticiones á las Cámaras, eran dispersados por las bayonetas. La oposicion, rechazada públicamente, se refugiaba y reconcentraba en las sociedades secretas, donde se insinuaba el

espíritu de conspiracion á la sombra del espíritu liberal. Organizábanse asociaciones públicas para defender por todos los medios legales las libertades del pensamiento, de la imprenta y de la opinion. Los señores La Fayette, de Argenson, Laffitte, Benjamin, Constant, Gevaudan, Mechin, Gassicourt, Merilhou, de Fhiard y de Broglie, les daban la accion pública. Mr. de La Fayette reunia en su casa juntas mas secretas y decididas. Cada arma defensiva dada á la libertad por las instituciones se convertia en arma agresiva en las manos de los conspiradores. Los proscriptos de la Convencion, abrigados en Bruselas, sostenian frecuente correspondencia, en la que hablaban abiertamente de cambiar la dinastia en Francia y dar la corona á un soberano protestante, ideas que, segun dicen, halagaban la ambicion del rey de los Países Bajos en favor de su hijo, embriagado con la esperanza de un reinado quimérico sobre las ruinas de la casa de Borbon. El príncipe de Orange protegía á los desterrados, y al efecto habia entablado negociaciones con ellos y con La Fayette.

A estas tramas sordas de Paris y de Bruselas, correspondian otras de la misma naturaleza en Alemania, España, el Piamonte y Nápoles. El genio de la libertad, que habia sublevado los pueblos contra Napoleon y triunfado por su independendencia de las nacionalidades, se veia ya amenazado en Francia y se preparaba á defenderse en todas partes. El carbonarismo se organizaba en Italia, el liberalismo antimonacal en Cádiz, y la union universal en las ciudades sabias de la Alemania. Un jóven de esta secta, el estudiante Saud, asesinaba friamente á Kolzebue, escritor antes popular, y al cual se le suponía ya vendido á la Rusia. El mismo Saud se hirió con el puñal con que acababa de matar al traidor, asociando el suicidio al asesinato, dando gracias á Dios por su demencia y llamando virtud á estos dos crímenes. Su fanatismo agitaba las imaginaciones febriles de la juventud y de

las mugeres. Los soberanos, alarmados con estos síntomas de fermentacion, enviaban á sus ministros para que los representasen en Carlsbad y opusieran represiones colectivas á ese desbordamiento del pensamiento é intimidasen con la policia y los suplicios á la Alemania. La Francia liberal ó revolucionaria respondia por medio de invectivas y de amenazas á estas precauciones de las córtes del Norte, y cada dia se hacia mas franca y abierta la guerra entre los pueblos y los soberanos. De esta agitacion general de las ideas se resentian las elecciones de 1819, que cada vez eran mas apasionadas, puesto que solo se buscaban los nombres de las personas mas enemigas de los reyes y de los Borbones, como para significarles su animosidad y amenaza, animosidad que en el partido liberal llegaba hasta el delirio y el suicidio, puesto que siendo su interés evidente apoyar al ministerio y al rey que le habia sacado de la nada y que le formaba con su gobierno una muralla contra el triunfo de los realistas absolutos, y siendo tambien evidente que la caida de Mr. Decazes arrastraba la ruina del mismo partido, y que con insultar al rey no lograba éste otra cosa que precipitarlo en la alianza forzada del partido retrógrado, los liberales no quisieron escuchar ninguna de estas inspiraciones del buen sentido y del agradecimiento; por el contrario trataron de ofender á la corona y abusar del ministro, creando y apoyando donde quiera que ejercian preponderancia candidaturas estremas, radicales y de recuerdos siniestros para la monarquia. La mas notable y escandalosa fué la de Gregoire en Grenoble.

X.

Gregoire, sacerdote filósofo antes de la revolucion, fiel al cristianismo, pero infiel á la supremacia pontifical

de Roma, habia sido promovido á un obispado por la Constitucion civil del clero, y con semejante título, que despues jamás habia repudiado, tenia su nombre la significacion de un cisma. Individuo de la Convencion nacional y hallándose en mision en los momentos en que era juzgado Luis XVI, no habia votado la muerte del rey; pero habia ratificado la votacion con un acto posterior al suplicio, inocente tambien de hecho y tal vez de intencion, pero cómplice de debilidad ó ambigüedad en el juicio. Sus invectivas contra los reyes se habian hecho proverbios en el lenguaje revolucionario. Apóstol sin embargo de las doctrinas de igualdad y mansedumbre del Evangelio y de la filosofía, Gregoire habia condenado el derramamiento de sangre y predicado despues de la victoria, la justicia y la moderacion á los vencedores. Senador oscuro en tiempo del imperio, enemigo mudo del despotismo, no habia cometido la inconsecuencia de saludar nuevamente el 20 de marzo á la tiranía militar, cuya primera caida habia visto con júbilo. Este acto por el que se abstenia de toda complicidad con el 20 de marzo, le habia sustraído á la ley de destierro, aplicada en 1815 á los regicidas. A la segunda vuelta de los Borbones, vivia en el retiro y en la oscuridad. Como se ve, las juntas liberales de Paris no podian buscar en toda Francia un nombre mas directamente nefasto al rey, y precisamente le eligieron por la repugnancia que debia inspirar á la familia de Luis XVI. En vano le combatieron en el ministerio los hombres moderados. Grenoble le nombró en represalias de las ejecuciones hechas dentro de sus muros á nombre de los Borbones. Esta eleccion produjo el efecto de un rayo en Mr. Decazes y en la córte, pues envolvía una acusacion contra el ministerio y un ataque directo á la magestad real. Asi es que lanzaron un grito casi unánime de asombro y de reprobacion todas las opiniones y todas las conciencias que no querian el rompimiento entre el trono y la libertad. Los realistas exal-

tados se alegraron en secreto de una aparente indignación; pues el nombramiento de Gregoire era para ellos el crimen de la Carta y la condenación del favorito. En los demás departamentos llamados á renovar sus diputados salieron de las urnas electorales nombres menos notorios, pero casi tan hostiles como Lambrechtz, Lecarlier, Labbey de Pompieres, Sebastiani y Mechin. El general Foy, destinado por su carácter y talento á dejar un gran nombre en la tribuna francesa, apareció por primera vez en la representación de su país. Querido por el ejército, elegido por los liberales, aceptado por los constitucionales, temible, pero no implacable para los Borbones; guía y moderador á la vez de una oposición legal en la Cámara, su advenimiento en ella iba á ofrecer á la libertad una figura que habia faltado á la revolución, la de un tribuno militar en un guerrero hombre de Estado. El general Foy llevaba este doble carácter en su persona. Su fisonomía era franca como su pensamiento, leal como su alma é inspirada como su elocuencia. La naturaleza le habia hecho jefe de partido en un tiempo en que el único partido patriótico era la moderación de los corazones y la reconciliación de las ideas. Al verle era imposible no acordarse del soldado, no descubrir en él al hombre de bien ni dejar de presentir al gran ciudadano.

XI.

El general Foy era uno de los soldados más jóvenes de la revolución. Nacido en Ham, de una familia de la clase media, educado para las armas, oficial de artillería como Bonaparte, á las órdenes de Dumouriez, Pichegru y Dampierre, en aquellas primeras campañas del Norte, donde el patriotismo defendía el suelo sin mezclarse en las facciones de lo interior, indignado de los crímenes

de 1793, preso por el procónsul Lebon por sus murmuraciones, libre del cadalso por su juventud y su elocuencia, sacado de las prisiones por Moreau y peleando á sus órdenes en Alemania; amigo de Desaix, herido á su lado por una bala de cañon, ocupando las horas de ocio de su larga curación en Estrasburgo en los estudios del publicista y del hombre de Estado, inclinado por analogía de carácter á las cosas antiguas y á las formas literarias de la palabra, sacando de estos ejemplos el amor de la libertad, ascendiendo en Suiza á las órdenes de Masena, viendo apuntar en la nombradía de Bonaparte una tiranía para la Europa; negándose á firmar los mensajes serviles que los aduladores del poder naciente hacían circular por las filas del ejército en favor del imperio; relegado en Portugal y en España á mandos subalternos por esa falta de diligencia á suscribir á la servidumbre; ligado sin repugnancia con los Borbones y la Carta de 1814, corriendo después á Waterloo, á las Termópilas de su patria, pero sin haber tomado parte en la defección de los Cien Días, regando con su sangre los reductos de los Cuatro-brazos, llevado moribundo al seno de su familia después de la pérdida de su país, licenciado en 1815; escribiendo para consolarse de los reveses públicos la historia de sus campañas en España; recomendado por su patriotismo á los patriotas y por su talento á los comicios electorales, su departamento le habia elegido por aclamación para reanimar á la patria, defender la Carta, afianzar el trono constitucional y á respetar al rey. Iba á sobrepasar estas promesas, y á cumplir todos estos mandatos. Tal era el general Foy cuando fué llamado á la Cámara.

XII.

El rey no pudo menos de estremecerse al considerar la ventaja que iban á dar á la política de su hermano so-

bre la suya los nombramientos de un número tan considerable de enemigos, y sobre todo los de Lambechi y Gregoire, que eran considerados como dos sombras de la Convencion. Sus concesiones solo eran recompensadas con ultrages. La eleccion de Grenoble era un rayo de luz que alumbraba á sus ojos. Afligido, pero no obstinado, no quiso cerrarlos ante aquella evidencia. La frialdad que existia entre su hermano y él, desde que el conde de Artois habia sido destituido de la direccion de la guardia nacional de Paris, desapareció como por una desgracia comun de familia. «Ya ves, hermano mio, le dijo el conde de Artois con el acento de la consternacion sentándose á su mesa, ya ves á donde nos conducen.—Lo sé, hermano, respondió el rey dulcificando su voz y reteniendo un pensamiento que ya iba á escaparse de sus labios, lo sé y proveeré.» Una conversacion larga y cordial pareció reconciliar al fin á las dos ramas de la familia, conviniendo en que una ley electoral, que en cambio de tantas concesiones enviaba tantos desafíos y amenazas á la monarquía, era un saludable aviso que recibian para cambiar de conducta. El escollo era demasiado visible para negarlo, y aquella misma noche recibió Mr. Decazes una orden del rey mandándole preparar un sistema electoral que preservase á la corona de tales atentados de la opinion. Mr. Decazes, á quien su juventud, su interés y su verdadera adhesion al rey prohibian la obstinacion en resistir á deseos tan cruelmente motivados, resolvió al punto dar satisfaccion á la familia real. Mr. de Serre, á quien la pasion que forma al orador lanzaba repentinamente de un pensamiento á otro opuesto, y monsieur Portal, ministro de Marina, no vacilaron en reconocer la necesidad de una ley que desarmase á sus enemigos. El baron Louis, ministro de Hacienda, Goubion-Saint-Cyr y el general Desolles persistieron en la defensa de la antigua ley. El abuso de una libertad y el extravío de la opinion no bastaban, segun ellos, para condenar

todo un sistema. La decision quedó aplazada, y los liberales, temiendo ver roto por un movimiento de impaciencia de Mr. Decazes, el instrumento de su victoria, le colmaron de deferencias y adulaciones, llegando al punto de prometerle que obtendrian de Gregoire una retirada voluntaria que dejaria á la corona su dignidad y al partido constitucional su ley. El ministro rechazó todas estas proposiciones, sometió de nuevo la cuestion á sus colegas, y sostenido con energia por el mismo rey, se libertó de toda resistencia aceptando las dimisiones de Louis, Desolles y Goubion-Saint-Cyr.

Mr. Decazes, único resorte ya de aquellos movimientos intestinos del consejo del rey, formó otro ministerio de que él fué gefe como presidente y como ministro de lo Interior. Mr. Pasquier, que habia sentido mas vivamente que ningun otro hombre político el insulto hecho á la corona por medio de las elecciones, y que habia dirigido al rey un aviso secreto de sus peligros, fué llamado al ministerio de Negocios estrangeros: hombre de gran penetracion y de una fluidez de palabras que le hacian igualmente apto para todas las escenas de la vida pública, ofrecia á Mr. Decazes un auxiliar útil en el consejo y en la tribuna; era ademas un lazo oculto entre la córte y el partido de los realistas. El hombre de Estado de la Cámara, que comenzaba á disciplinarse bajo la direccion de Mr. de Villele, Mr. de Latour-Maubour, militar acreditado por su valor y lealtad, pasó al ministerio de la Guerra; Mr. Roy, ya anteriormente ministro de Hacienda y reemplazado momentáneamente por el abate Louis, volvió á encargarse de aquella cartera; Mr. Portal pasó á la Marina y Mr. de Serre nominalmente al ministerio de Justicia, pero en realidad á todas partes donde la universalidad de sus miras, el ardor de su celo, la fuerza y prontitud de su elocuencia le llamaban á defender al rey, al ministerio y la constitucion amenazados.

habilidad de la Carta. «Las leyes, decía el monarca, han sido cumplidas en todas partes, pero en medio de estos elementos de prosperidad pública, no he podido desconocer que á nuestras esperanzas han venido á reunirse justos motivos de temor que reclaman hoy la atencion

XIII.

Este ministerio hubiera sido poderoso ante los radicales y los realistas, si Mr. Decazes hubiera consentido en salir de él y dejar su puesto á Mr. Lainé. No carecia de fuerza, ni de seduccion ni de clientela entre los hombres nuevos que dirigian las opiniones en la imprenta y los partidos en la Cámara; pero al erigirse en ejecutor de esa misma ley electoral, que el año anterior le habia dado tanta popularidad, y que habia defendido como una parte de la Carta al principio de aquel mismo año, incurria en una de esas retractaciones á que los hombres políticos sobreviven poco ó sobreviven mal. Podia entreversé mas ambicion que conviccion en este cambio, al pasó que el verdadero móvil de su conducta era su adhesion al pensamiento del rey; pero su papel, siempre en auge, de favorito ofendia á las rivalidades, irritaba á la envidia y mostraba en esa direccion suprema del gobierno, obstinadamente confiada á un hombre que habia subido á tanta altura y tan pronto, mas audacia en seguir la fortuna que prudencia en esperarla y medirla.

Reconcilióse, sin embargo, con el conde de Artois bajo la inspiracion del rey, probándole con suma deferencia el deseo que le animaba de entenderse con los realistas sus amigos en las dos Cámaras. Lisonjeó igualmente á los jóvenes adeptos del partido doctrinario, Broglie, Guizot, Barante y Staël, séquito entonces de los señores Royer-Collard y Serre, con la esperanza de crearles situaciones influyentes en el gobierno. Empero nada quedó acordado sobre estas negociaciones, y el rey abrió la legislatura el 29 de noviembre. Su discurso, hábilmente preparado por Mr. Pasquier, anunciaba las grandes resoluciones que ya se esperaban de salvacion pública sin tocar á la

santidad de la Carta. «Las leyes, decía el monarca, han sido cumplidas en todas partes; pero en medio de estos elementos de prosperidad pública, no he podido desconocer que á nuestras esperanzas han venido á reunirse justos motivos de temor que reclaman hoy la atencion mas seria y profunda. Cierta inquietud vaga, pero verdadera, preocupa todos los ánimos, y no hay uno que no pida al presente prendas de su duracion. La nacion está gustando solo muy imperfectamente los frutos del orden y de la paz; cada uno teme vérselos arrancar por la violencia de las facciones, y á todo el mundo aterra la expresion demasiado clara de sus designios. Ha llegado el momento de sustraer á la Cámara de los diputados á la accion anual de los partidos, asegurándole una duracion mas conforme á los intereses del orden público y de la consideracion interior del Estado.»

Estas palabras sentaban atrevidamente la cuestion de dignidad para la corona, en frente del nombre del regicida por medio del cual se habia querido arrostrarla. Sentaba al mismo tiempo la cuestion mas irritante de la ley electoral, detrás de la cual esperaba crecer y hacerse fuerte la oposicion. La monarquía habia sido insultada. Ella no insultaba, pero proponia el combate á su vez. Asi debió comprenderlo la asamblea, segun lo demostraba la fermentacion á que se entregó desde entonces.

XIV.

A pesar de esto, la mayoría de la asamblea no rehusaba una legítima satisfaccion á las susceptibilidades de corazón y de magestad real en el sacrificio de Gregoire. Mr. Becquey, hombre de bien y de paz, al espresar la voluntad de las comisiones de la Cámara en la tribuna, no tocó al hombre; pero pretestó causas de nulidad mate-

rial en la eleccion del diputado de Grenoble. Amigo de Mr. Royer-Collard, y antiguo agente del rey en Paris, durante el destierro de los Borbones, queria como el rey, ahorrarse á la Cámara esas cuestiones peligrosas que hacen estallar la cólera de los corazones resentidos; pero ninguna mano, por prudente que fuera, podia cerrar la boca de aquel cráter de la asamblea. «No, no; nada de miramientos, nada de debilidad,» exclamaron algunas voces de la derecha y del centro. «No hay regicidas en esta Cámara,» añadió Mr. de Marcellus. Los murmullos se aumentaban en la izquierda; algunos grupos entre los dos partidos, parecian suspendidos entre el escándalo de un juez de Luis XXI, aceptado como un desafio en presencia de su hermano y el exceso del poder parlamentario eliminando á un diputado legal del pais. Era preciso que una voz imponente y hasta entonces imparcial se hiciera el árbitro entre la magestad del rey, el corazon de la familia real y la inviolabilidad de los electores. Mr. Lainé subió lentamente á la tribuna. Su fisonomía, siempre grave y ascética, lo era en aquel momento hasta rayar en tristeza, pareciendo vestir el luto de la monarquía ofendida, de las guerras civiles y de los cadalsos que evocaba tan fatal discusion. El semblante de aquel grande orador era tan elocuente como la palabra. Las fibras de su boca nerviosa y delgada, palpitaban antes que su palabra hubiera rugido dentro del pecho ó estallado en su voz. Heria porque era herido. Era el orador de los ojos, y mudo habria conmovido con su silencio.

«Señores, dijo despues de una pausa larga y dolorosa que revelaba su agitacion, por una clemencia casi divina, ó si quereis mejor, por la paz y sosiego de la so-

ciudad, se prometió que nadie seria pesquisado por sus votos, recomendándose el olvido á todos los ciudadanos.... ¿Quién en efecto se acordaba del cuarto diputado del Isere?... ¿Quién le pesquisaba por sus opiniones y sus votos?... ¿Luego el olvido solo ha sido impuesto á las víctimas?... ¿Y los que mas necesidad tenian de ampararse con él son los que han conservado solamente el triste derecho de acordarse?...» Esta enérgica argumentacion que recaia sobre las juntas directivas, autoras de aquel escándalo premeditado, cortaba la cuestion como la cortan los oradores eminentes, por medio de un sentimiento. La impresion que hizo en la asamblea, fué inmensa; la derecha y el centro aplaudieron con delirio, los demas quedaron silenciosos y consternados. Solo Benjamin Constant, uno de esos sofistas frios que sin participar de las pasiones de los partidos, les prestan sus palabras en cambio de las popularidades mas malignas, se atrevió á provocar á Mr. Lainé con algunas frases ambiguas, en las que oponia á Gregoire, disculpado, segun él, de toda participacion en la sangre de Luis XVI, sentado en el consejo de la nacion, al mismo Fouché, regicida probado, sentado en los consejos del rey. Esta alusion cruel y merecida, podia degradar á la corona, pero no rehabilitaba al regicida, ni legitimaba el ultrage hecho á la monarquía. Benjamin Constant consoló el odio de los radicales; pero no convenció á la Cámara, y Gregoire fué excluido por unanimidad de la diputacion, habiendo votado unos en contra de él por considerarlo indigno y otros por la irregularidad en las formas de la eleccion. Dejáronse libres los motivos para que la votacion fuese mas numerosa y mas unánime la reparacion á la corona.

Mr. Ravez, amigo y émulo de Mr. Lainé, fué designado por la mayoría de la Cámara y elegido por el rey para presidirla, distinguiéndose en el desempeño de estas funciones ingratas, pero importantes, que convierten

al orador en juez, árbitro y moderador de una asamblea. El partido de los realistas exaltados, unido con el de los realistas moderados, en rivalidad con el ministerio, había dado setenta y cinco votos á Mr. de Villele, y el partido de la oposicion radical sesenta y cinco á monsieur Laffite. Estos guarismos revelaban la fuerza de los partidos. Las oposiciones que iban en aumento, amenazaban dominar pronto al partido del ministerio ó de los centros que no había dado á Mr. Ravez mas que ciento cinco votos. Este equilibrio de los partidos hizo pálida y tímida la respuesta de la asamblea al rey. Como el temor era rec proco, todos querian aplazar los combates decisivos. La de la Cámara de los pares, inspirada por el conde de Artois, declaraba abiertamente la guerra á los facciosos.

XVI.

Del mismo modo que los liberales, se dividian ya los realistas en dos campos: estremo ó exaltado y moderado. Un hombre que crecia en importancia como en sabiduría, Mr. de Villele, gobernaba el último. Un hombre elocuente, pero incapaz de contenerse en los límites de la sensatez y la prudencia, Mr. de La Bourdonnaie, animaba al otro. Numerosas peticiones, provocadas en las provincias por el partido liberal y concebidas en términos conminatorios para la corona, hicieron estallar la discusion. Monsieur Mestavie, á nombre de la mayoría realista y del centro de que era órgano, pidió que no se diera cuenta de estas peticiones. Dupont (del Eure), cuya autoridad moral sobre los liberales se fundaba tanto en el carácter como en las palabras, puso de relieve las contradicciones que existian entre Mr. Decazes, que pocos meses antes juraba la perpetuidad de la ley electoral, y Mr. Decazes que rechazaba á la sazón las peticiones que reclamaban

la perpetuidad de dicha ley. El general Foy habló por primera vez en la tribuna. Disculpó, sin aprobarlos, los términos exagerados é injuriosos de las peticiones. «La libertad, dijo, es la juventud de los pueblos. Hay en el gobierno de la libertad demasiada vida para que sus movimientos no lleguen algunas veces hasta la agitacion.» Por estas primeras palabras se reconoció el acento de un hombre á la vez libre y honrado. El general Foy se colocaba á la izquierda, Mr. de Villele á la derecha, á guisa de hombre que quiere conquistar y no degradar el poder en su país. En aquellos dos hombres había la perspectiva de dos ministerios para la corona: el uno si las exigencias de los realistas le atraian á la derecha, y el otro si las exigencias de la opinion popular le precipitaban á la izquierda. El ministerio, temblando entre éstos dos grupos, no obtuvo mas que tres votos de mayoría para desechar las peticiones, y estos tres votos eran otros tantos ministros. Temiendo éstos por la suerte de la medida que habían prometido al rey seria aceptada por la Cámara, se aliaban con todos los partidos influyentes en el palacio ó en la opinion para alcanzar su apoyo. En fin, iba á someterse á la deliberacion de las cámaras un proyecto de ley electoral meditado por Mr. de Serre, revisado por el duque de Richelieu y redactado por los señores Villemain, Mounier, Barante, Guizot y Decazes, joven partido mas lleno de celo que de conviccion. Esta ley, sin grandeza y sin confianza en el país, le dividia en dos naciones electorales: la nacion plebeya que nombraba la mitad de los diputados en las capitales de los distritos, y la nacion aristocrática de fortuna, compuesta de los propietarios que pagaban mil francos de contribucion, y la cual había de nombrar otra mitad en las capitales de los departamentos. Ley insensata en su supuesta prudencia que daba la casualidad de la fortuna en vez de la casualidad del nacimiento por título al derecho de ciudadano, título de riqueza mucho mas ab-

surdo que el de nobleza, porque la familia da sentimientos y virtudes, y la fortuna no da mas que facultades y bienestar. Esta ley tenia otro peligro: colocaba frente á frente en la misma asamblea á hombres salidos de dos elecciones diversas, una aristocracia de departamento y una democracia de distrito, elementos de antipatía, de clasificacion y de guerra civil, que desgarraban al pais y al gobierno desgarrándose á sí mismos en la representacion. El miedo habia inspirado mal á los realistas; el celo por el servicio de su soberano habia inspirado mal al favorito; los sistemas habian inspirado mal á los doctrinarios complacientes de todos los partidos que querian reconciliarlos en provecho suyo; la ignorancia del pais habia aconsejado mal á Mr. de Richelieu, y el amor de la monarquía á Mr. de Serre. Esta ley llevaba en su germen la lucha entre las clases y la pérdida de la monarquía. Era una constitucion de desconfianza, y en una constitucion cualquiera desconfianza es una provocacion. Mr. Decazes marchaba á ciegas á la ruina del trono que queria afianzar. Habia dado un golpe de estado el 5 de setiembre contra los realistas, y se iba á ver obligado por la resistencia de la Cámara á dar otro contra los liberales. Empero el golpe de estado contra los realistas no destronaba mas que á un partido, al paso que el que se preparaba contra los liberales destronaba una opinion publica que se habia convertido en pasion popular en las masas nacionales. Perdiase, pues, Mr. Decazes y perdía irremisiblemente á su soberano, cuando uno de esos acontecimientos en los que interviene la fatalidad por la mano del crimen, vino á precipitar al ministro, á herir á un principe y á desatar con el puñal una crisis cuya solucion nadie hubiera previsto.

LIBRO TREINTA Y SIETE.

Retrato del duque de Berry —Louvel; sus antecedentes, su monomanía de regicida.—Se decide á matar al duque de Berry.—Noche del 13 de febrero.—Asesinato del duque en el teatro de la Opera, su agonía.—Dolor de la familia real.—Consternacion del pueblo.—Recriminaciones contra Mr. Decazes; Mr. Clausel de Coussergues le acusa de alta traicion.—Debates borrascosos; intrigas de palacio.—Madama del Cayla; su origen, su favor.—El vizconde de La Rochefoucauld.—Caída de Mr. Decazes; examen de su carrera política.

I.

El duque de Berry era el hijo segundo del conde de Artois, el hijo predilecto de la familia real, la única esperanza de perpetuidad directa de su raza sobre el trono por la esterilidad de la union de la duquesa de Angulema. Su gracia estaba en su corazón mas que en su naturaleza. Pequeño de estatura, ancho de espaldas, brusco en sus ademanes, de cara huesosa, frente estrecha, cejas pobladas, nariz arremangada, labios gruesos y de espresion turbulenta, su fisonomía no revelaba su inteligencia y su bondad sino franqueándose por medio de la sonrisa. Entonces, en la penetracion franca y cordial de la mirada, en la contraccion fina de los párpados, en el pliegue de la boca, en el abandono del gesto, que ofrecia el co-